

LA ARQUITECTONIA

LA RAZÓN. LUNES 30 DE DICIEMBRE DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Las maquetas seleccionadas para adjudicar la edificación del solar donde se levantaban las Torres Gemelas de Manhattan responden a un mismo principio arquitectónico. Ese principio no proviene de exigencias científicas o técnicas, ineludibles en el arte de la arquitectura, sino de las conveniencias ideológicas, económicas y estéticas de la arquitectura bolchevique que fundó el constructivismo internacional en los años 20 del siglo pasado. La vanguardia del arte plástico único se manifestará en Nueva York con los criterios urbanísticos de los arquitectos moscovitas de hace más de 80 años.

Antes de comentar los valores estéticos de esos proyectos futuristas del pasado, hay que examinar el principio arquitectónico que los produce. Pues este principio, nacido en la Revolución rusa como estación de tránsito entre la esculto-pintura y la arquitectura, no ha sido sometido todavía a la reflexión filosófica que merece, por su autonomía frente a la idea tradicional de la arquitectura. Aunque las primeras nociones sobre la postmodernidad salieron de arquitectos, no es presumible que la crítica al estilo «estribanubes», que siluetea las grandes ciudades, pueda surgir de los profesionales de la rentabilidad del metro cuadrado.

Si lo arquitectónico sólo fuera lo referente a la arquitectura, no se comprendería por qué se usa ese término para designar, con propiedad, todo tipo de construcciones mentales o físicas, de pensamientos y artes que, por su estructuración, guardan alguna semejanza con las estructuras tectónicas de la Tierra, con las formaciones y deformaciones que los movimientos telúricos producen en el interior y las apariencias del planeta. La arquitectura sólo es una de las expresiones artísticas de la arquitectonía.

Arquitectónico es todo aquello que, construido por el hombre, se levanta y se sostiene sobre el suelo físico de las cosas o la base social de las creencias. No es exclusivo de la arquitectura, pues ésta pertenece (como la ingeniería, la escultura, la ciencia y los sistemas de pensamiento) a lo arquitectónico. Por eso se debe emplear el sustantivo «arquitectonía», y no el adjetivo arquitectónico, para designar la fuente original de la sabiduría y la estética de los saberes y artes de la construcción. Como la arquitectonía implica también el control del movimiento, cada revolución política ha traído bajo el brazo la suya. La inglesa fundó, por utilitaria, la arquitectonía de la razón mecánica del productivismo. La francesa, por ilustrada, la de la razón especulativa del urbanismo. La rusa, por igualitaria, la de la razón geométrica y matemática del constructivismo.

Como filosofía de la construcción, la arquitectonía tiene cartas de nobleza. Aristóteles la llamó arte maestro o saber organizador. Leibniz, apoyado en el arte combinatorio de descubrir verdades, de Ramón Lull, distinguió el reino de la mecánica, que todo lo explica por causas eficientes, y el reino de la arquitectonía, que lo hace por causas finales. Lambert desarrolló la arquitectonía como sistema que correlaciona las verdades de razón con las de hecho. Idea que Kant completó al considerar la arquitectonía una de las cuatro condiciones formales de todo sistema de razón pura. Peirce introdujo la arquitectonía abierta, para dejar a salvo la libertad de creación de sistemas arquitecturales.

El mesianismo comunista de los artistas de la Revolución rusa (Malevich, Tatlin, Rodchenko, Kliun, Popova, Exter, Rozanova, El Lissitzky, Strzeminski, Kobra, hermanos Gabo) reflejó en todo el arte plástico la arquitectonía constructivista que resolvería las contradicciones del «hábitat social», en una sociedad sin clases. Y el vetusto mesianismo religioso del polaco Wronski, cuya filosofía matemática y geométrica se proponía unir las naciones y las clases en una federación mundial, se reeditó en los años 30 con el título de «Arquitectónica del Universo».